



Entre niños, adolescentes y funciones parentales

Psicoanálisis e interdisciplina

Adrián Grassi - Néstor C. Córdova

Cristina M. Blanco

Mariana Carnevale

Martina Foulkes

Liliana Grandal

Agustina Guaragna

María Eugenia Otero

Mariana Soler

Mariana L. Stella

EDITORIAL
ENTREIDEAS

Grassi
2010

La primavera del significante

Néstor C. Córdova

Introducción: los adolescentes y los significantes de su tiempo

En 1904, el psicólogo norteamericano Stanley Hall publica *Adolescencia*, libro con el que presenta a la consideración general el estudio de la adolescencia como una fase evolutiva con características específicas. Más allá de su posición marcadamente evolucionista, el título elegido por Hall constituye el equivalente de un nuevo acto simbólico de nominación que impulsa el estudio de la temática adolescente en EE. UU. y más allá de sus fronteras. Por ese entonces, la adolescencia y los adolescentes comienzan a ser con frecuencia creciente motivo de investigación y debate por parte de intelectuales de diversas disciplinas. Casi simultáneamente, en 1905, Freud publica *Tres Ensayos*, trabajo que incluye el capítulo "Las metamorfosis de la pubertad", ensayo con el que inaugura la indagación psicoanalítica acerca de los procesos psíquicos que se ponen en juego con el advenimiento de la pubertad.

En 1914, Walter Benjamín afirma que la juventud se sitúa en el centro de donde nace lo nuevo (Levi y Schmitt, 1996). A partir de la década del 50, acompañando los profundos movimientos sociales de posguerra, el fenómeno se acelera y expande; a la par de la creciente consideración adulta, los propios adolescentes comienzan a diferenciarse y crear los signos de una cultura propia. El contexto social epocal de los años 50 y 60 es el espacio-tiempo en que la juventud de posguerra toma conciencia de sí misma y pone en crisis, des-ordena y cuestiona lo socialmente establecido.

Con la creciente difusión de los entonces nuevos medios masivos de comunicación surgen y se imponen globalmente los primeros íconos adolescentes. Nacen expresiones musicales lideradas por el rock que tensan las diferencias generacionales enunciando la ruptura del orden sexual vigente. A la vez que corporizan —ante el creciente desconcierto social causado por los vertiginosos cambios en ciernes— el cuestionamiento a lo establecido y el inquietante acontecer de lo nuevo, los adolescentes portan los significantes de su tiempo.

Nos interrogamos en este escrito sobre la relación significante/adolescencia. Para ello, iniciaremos recorrido con el análisis de la etimología e historia de los vocablos adolescente y adolescencia, revertiremos la flecha del tiempo para rastrear en la antigüedad el origen de los sentidos antitéticos que porta esta palabra. Sentidos que se vinculan con la inquietante extrañeza que genera lo adolescente y que promueven concepciones erróneas como adolecer. Concluiremos con un análisis del lenguaje adolescente, que nos lleva a la formulación de la adolescencia como "la primavera del significante".

La relación significante/adolescencia. Etimología e historia

Desde su progresiva aparición en el universo simbólico de la antigüedad, hasta emerger con su forma actual, el término adolescencia ha debido recorrer un largo camino. Pese al complejo contexto cultural epocal, signado por cambios vertiginosos que inciden permanentemente en el campo del lenguaje, el significante *adolescencia* arriba a la actualidad con una notable eficacia simbólica; esto es, la capacidad potencial de producir nuevos efectos de sentido.

Los vocablos *adolescencia* y *adolescente* tienen su raíz latina en el verbo *adolescere* (Corominas, 1990). Este verbo está compuesto por el prefijo *ad-* y el sufijo incoativo *-scere*, que denota el principio de una acción progresiva: comenzar a crecer, estar creciendo. *Adolescente* deriva de *adolescens -entis*, participio presente de *adolescere* y significa esencialmente “el que está creciendo”.

Se sostiene en trabajos sobre etimología e historia de las palabras (Fernández López, s/f; Valentini, 2003; Soca 2002/2007) que *adolescencia* proviene de la raíz originaria *al-r*, que significaría (acrecentar, elevar, o “mover hacia arriba, levantar, alzar”) perteneciente a la protolengua indoeuropea, muy anterior a la aparición de la lengua latina.

Con el transcurrir del tiempo *al-r* derivó en la voz latina *alere* (nutrir, alimentar, criar) para dar lugar después a *alescere* (crecer, aumentar de tamaño). Posteriormente *alescere*, con la unión del prefijo *ad-*, dio origen a la forma verbal *adolescere*: crecer, desarrollarse. Finalmente, el participio presente de *adolescere*, *adolescens -entis* (el que está creciendo) en el siglo XIII se transformó en los términos del idioma francés *adolescens* y *adolescence*.

Del francés arribó al español transformándose respectivamente en *adolescente* y *adolescencia*. Siguiendo su peregrinación lingüística, el vocablo *adolescere*, tras varios siglos, llegó al idioma inglés como *adolescence*, al portugués como *adolescência* y al italiano como *adolescenza*.

En los dos últimos siglos, el término *adolescencia* se fue extendiendo y adquiriendo una vigorosa presencia en las distintas lenguas de la cultura occidental, coincidiendo con la notoria emergencia de “lo adolescente” en la escena social.

Lo adolescente y las inquietantes figuras de la alteridad

El crecimiento implícito en el significante adolescente es un puro devenir, con sus sentidos de cambio, transformación, acontecer y transcurrir. Crecer es un proceso de subjetivación, que conlleva una fantasía inconsciente agresiva. (Winnicott, 1986). Lo adolescente arriba a la posmodernidad con su bello mascarón de proa, portando el admirado fuego sagrado de cada nueva generación junto con la inquietante extrañeza de la alteridad.

Durante la antigua Roma, en los templos religiosos se realizaban rituales funerarios consistentes en cremaciones o se quemaban inciensos dedicados a los dioses. El creciente tamaño de las llamas se elevaba, el ascenso hacia el cielo del humo y olores de inciensos simbolizaban el camino a la morada de los dioses en las alturas. El “crecer” de las llamas y el arder eran signos de lo sagrado que correspondían a una misma voz: *adolescere*, derivada de *adoleo* (término relacionado antiguamente con *ad-oleo* y luego *ad-olezco* que significó, primero, “quemar” y también “oler” a humo o a inciensos, lenguaje de los rituales religiosos (Valentini, 2003). Más adelante, este uso probablemente cesó en el lenguaje cotidiano y subsistió sólo con el significado “crecer”

La homonimia de *adolescencia* y la polisemia resultante permitieron coexistir significados que dieron lugar en la antigüedad a ironías, eufemismos y juegos de palabras (de las Brozas Sánchez [1597], citado en Sánchez Salor y Chaparro Gómez, 1995) con estos dos significados diversos y enlazados.

El crecer adolescente y el arder de las cremaciones funerarias eran sentidos antitéticos expresados por una misma voz: *adolescere*, expresión oculta de la ambivalencia de los antiguos ante el sagrado acontecimiento adolescente.

Estos sentidos arriban a la actualidad por vía de la palabra, enunciado portador y vehículo de transmisión de historias, mitos y experiencias generacionales.

El significante adolescencia, desde un tiempo inmemorial, connota para el mundo adulto, además de su significación vital, el amenazante sentido de anunciar el advenimiento inexorable del recambio generacional. Los adolescentes al crecer, agitan los espectros de las tres figuras de la alteridad en su versión más radical: el extranjero, la muerte y la sexualidad.

Una sustracción de sentido: adolecer

Por estos inquietantes sentidos, que desde la antigüedad se asocian al acontecer de lo nuevo en crecimiento, la palabra *adolescencia* ha sido objeto de manipulaciones lingüísticas que dieron lugar a verdaderas “sustracciones etimológicas” (Valentini, 2003). Estas manipulaciones generaron una falsa relación del término *adolescencia* con *adolecer*, muy extendida en ámbitos culturales y científicos: “La deriva etimológica se ha dado históricamente a través del verbo castellano <adolecer> que ha venido a significar, carecer, faltar algo y que se lo hace derivar de *dolesco*: afligir, dolerse, caer enfermo” (Valentini, 2003: 286).

Esta muy difundida y errónea definición constituye una mal-versación lingüística que tiende a negativizar los sentidos de la voz *adolescencia* y contribuye al malentendido, a desmentir el potencial transformador y creativo de los adolescentes.

El significado ‘adolecer’ pone en juego una concepción ideológica con consecuencias fácticas en los ámbitos legislativo, judicial, de la salud. La interpretación de *adolescencia* como derivada de *adolecer* es el fundamento de ciertas ideologías de corte

discriminatorio y teorías evolucionistas dogmáticas, que consideran a los niños y adolescentes como seres inacabados, imperfectos, a medio camino respecto a un ideal de perfección y completud, al cual se arribaría en la adultez, según un programa de desarrollo predeterminado, seccionado en rígidas etapas cronológicas.

Esta idea genera criterios clínicos y pedagógicos adaptativos, que apuntarán a completar esas carencias (Valentini, 2003), vigilar y disciplinar para corregir cualquier desvío del desarrollo, que podría ser considerado anormal, inmoral o patológico. Posición en las antípodas de ideas psicoanalíticas como las de Winnicott (1986) con su confianza en el potencial creativo del crecer adolescente. Lo que en términos pedagógicos y terapéuticos, significa esencialmente generar las condiciones para "la puesta en juego" de esa potencialidad.

Cierto pensamiento intenta sectorizar el universo y a los sujetos en sistemas cerrados para amoldarlos a sus leyes. Dado que no puede admitir el desorden como condición para los procesos saludables, intentará mutilarlo o segregarlo como anómalo, atípico o perturbador.

Es más tranquilizador calificar el desorden que la adolescencia promueve, como dolencia, sufrimiento o carencia, que pensarlo como una condición necesaria, facilitadora de los procesos de subjetivación de una generación aún vulnerable, intentando arribar y hacerse un lugar en el mundo adulto.

Adolescencia: la primavera del significante

La adolescencia es la novedad radical que arriba al contexto familiar y social en una oleada generacional, que revuelve las aguas del litoral (literal) adulto, para dejar su marca significativa en la roca del tiempo.

Grassi (2009) sostiene que los procesos puberal y adolescente se ponen en juego en lo que denomina el "entretiempo de la sexuación". Afirma que la adolescencia es urgencia de transformar y crear, es puesta en desorden del cuerpo, de la identidad infantil, del orden familiar y la posición generacional.

En esta dirección aportaremos que la urgencia de transformar(se) y crear(se), y el imprescindible empuje a la puesta en desorden de sí y del contexto, se verifican también en el campo del lenguaje.

Al adolescente le urge poner en desorden el lenguaje, tanto como el cuerpo infantil, constituido a partir del encuentro originante con el deseo y sexualidad inconscientes del Otro materno. Operación de implante de los significantes de la sexualidad y deseo inconsciente parental que inaugura y pone a trabajar los procesos de sexualización y sexuación.

En respuesta al silencioso embate de la pulsión y las vertiginosas transformaciones en lo real del cuerpo, los adolescentes necesitan recurrir a significantes propios, a veces inéditos para apalabrar e inscribir ese íntimo acontecimiento y subjetivarlo.

Con esta finalidad, trabajan para des-ordenar las convenciones del lenguaje adulto y des-alienarse de los significantes parentales del tiempo de la infancia, que no dan respuesta, ni les permiten expresar sus íntimas, inéditas e inexplicables vivencias.

El adolescente, para apropiarse de los recursos del lenguaje, debe recurrir a su creatividad no exenta de hostilidad para transgredir los códigos preestablecidos y explorar nuevas palabras y nuevos sentidos.

Durante el entretiempo de la sexuación se ponen de manifiesto novedosas y crípticas formas de expresión grupal, de apariencias meramente oposicionistas e "insignificantes" en el nivel del enunciado, pero frecuentemente de una gran densidad expresiva en el plano de la enunciación.

El adolescente no cuenta aún con un "discurso apropiado" (aún no se ha apropiado de un discurso), está en proceso de desasimilamiento y desalienación del Otro parental, debe entonces crear recursos expresivos en la grupalidad, para representar ciertos estados emocionales que devienen del encuentro cara a cara con lo real inaccesible al lenguaje: "bolú, estoy re heavy".

Tampoco encuentra muy a menudo en el adulto la escucha que le otorgue legitimidad y sentido a esos estados para poder figurarlos y ligarlos.

El recurso de la acción es bastante frecuente en el proceso de subjetivación, cuando el adolescente no puede decir en palabras ni expresar con el cuerpo. La actuación como intento de poner el cuerpo donde falta la palabra y la escucha precisa, es pensable como un intento de inscripción subjetivante y puesta en escena dirigida al Otro parental.

Los adolescentes, para ser tales, deben establecer una novedosa relación con las palabras, desacralizarlas poniendo al descubierto su vaciamiento y empobrecimiento, devolviéndoles un novedoso valor significante, desamarrándolas de la rigidez del significado convenido.

Desordenan el lenguaje, escandalizando a los adultos, al exhibir crudamente la arbitrariedad de la relación significante/significado.

Una operación característica "en" la adolescencia es la manipulación de las sílabas y fonemas, creando apócopies y acortamientos a veces originales, que configuran lo que se denomina metaplasmos: alteraciones de la escritura o pronunciación de las palabras sin modificación del significado: "Na, bolú".

El fruto inmediato de este trabajo de puesta en desorden del lenguaje es el juego de creación de frases no convencionales, la adjudicación de nuevas significaciones a los viejos términos, la utilización de neologismos... Siendo coherentes con este tema, podríamos dis-torsionar el lenguaje una vez más y ficcionar que los adolescentes crean sus propios "matemas", con los que intentan formular y transmitir aquello no expresable por medio de las palabras a su alcance.

Como los poetas, juegan con las palabras y las frases, las desordenan y vuelven a ordenar, generando nuevos sentidos de características insondables para los adultos. Se trata de un momento del trabajo creativo de puesta en desorden y apropiación de un

lenguaje al que han permanecido sujetos y alienados. Es un modo de intentar transcribir en lo simbólico la íntima experiencia con lo real de un cuerpo, cuya imagen es alterada por las vertiginosas transformaciones. El desafío a las reglas gramaticales y la alteración de los códigos del lenguaje adulto les confiere a ciertas expresiones un carácter poético, a veces dramático.

“La adolescencia es la primavera del significante”, sus delicadas y bellas floraciones caerán con el tiempo, probablemente, también el carácter incondicional del grupo y las primeras experiencias amorosas, exploraciones en y desde el otro, que dejarán sus poéticas e indelebles escrituras en el cuerpo, decisivas para su subjetivación.

El fruto será el cavado de un ínfimo lugar propio en el orden simbólico, habiendo previamente jugado con él y desafiado sus leyes. Apropiarse del lenguaje le permitirá intentar materializar sus deseos y decir algo en nombre propio, dejando la impronta de su paso en el lenguaje adulto.

Adolescencia: reorganización y nuevos modelos de subjetividad

Adrián Grassi

El des-orden

Teniendo en cuenta que el título del trabajo anticipa la adolescencia como momento de transformaciones y cambios, algunas precisiones conceptuales provenientes de la epistemología del “pensamiento de los sistemas complejos” darán el trasfondo sobre el cual se plantean estos desarrollos.

Veamos el alcance de los términos organización, reorganización y lo que se denomina nuevas o neoorganizaciones. En un sentido amplio, reorganización implica que un orden o “estado de la cosa” es cambiado, transformado por reacomodamientos, reordenamientos, por *des-orden* de lo existente. La incorporación de nuevos elementos des-ordena lo establecido dando lugar a organizaciones *neo*.

Para el pensamiento de los sistemas complejos, un orden organizacional puede nacer a partir de un proceso que produce desorden. La complejidad de la relación orden/desorden/organización surge, entonces, cuando se constata empíricamente que fenómenos desordenados son necesarios en ciertas condiciones, en ciertos casos para la producción de fenómenos organizados, lo cual contribuye al incremento del orden (Morín, 2003).

La peculiaridad de la escritura “des-orden” es utilizada aquí para destacar varios sentidos del término. En lo que a producción subjetiva y adolescencia se refiere, des-orden no es mera oposición a orden ni dicho des-orden aparece por descuido, des-gano, negativismo o rebeldía adolescente (aunque todo esto pueda estar presente en alguna medida). Des-orden no es producto de una carencia del sujeto ni deviene por “evolución natural” del desarrollo. Des-orden es meta a alcanzar mediante un esfuerzo de trabajo psíquico y su realización comporta un rédito positivo en la producción de subjetividad, afirmación esta que acompaña los desarrollos del presente trabajo.

En otro sentido, diferenciamos des-orden de desorganización o batifondo (Balandier, 2005), de su antítesis anti-orden, como de la negación simple no-orden. Existen procesos adolescentes que pueden tomar esas derivaciones en la medida en que aparezcan importantes interferencias (intra o intersubjetivas) que obstaculicen el procesamiento o metabolización de los elementos nuevos que se presenten. También son conocidas distintas resistencias al des-orden, más allá de las de los padres e instituciones, las propias del mismo adolescente.

Lo puberal-lo adolescente

La vida psíquica encuentra distintos momentos en los cuales se trata de inscribir, incorporar, metabolizar lo heterogéneo y así re-organizar, re-ordenar, des-ordenar lo previo. Movimientos inaugurales constitutivos del psiquismo. En su devenir, la subjetividad trabaja la adolescencia produciendo transformaciones. Estos trabajos denominados *lo puberal-adolescente* implican un potencial saludable (no siempre desarrollado) de cambio. Lo puberal-adolescente, al encontrar condiciones de desarrollo, es una puesta en *des-orden del statu quo promotor de neoorganizaciones*. Distintos autores plantean la adolescencia como segundo nacimiento, aquí destacamos cuáles son esas nuevas organizaciones psíquicas de las que ella es origen y génesis.

Siendo que desorden, reorganización y neo organizaciones aparecen ante la incorporación de lo nuevo, de lo distinto, de lo hetero; lo puberal-adolescente trabaja para su incorporación y homogenización, lo proveniente de distintas fuentes:

- a) Un campo estrictamente *intra-subjetivo* como son los cambios corporales y las vicisitudes de la historia personal.
- b) Un campo de inter-sujetividad que abarca las relaciones familiares, al conjunto de los coetáneos y un círculo más amplio, con quienes se comparte un período histórico-político-social.
- c) Un campo que, vía transmisión generacional de la vida psíquica, toma una dimensión *trans-subjetiva* que conecta con las generaciones precedentes.

Puntualizamos distintos elementos heterogéneos a metabolizar en este período:

1) Crecimiento y desarrollo que jaquean la identidad

Los cambios corporales relativos al desarrollo y nuevo funcionamiento endocrino y hormonal, que producen el crecimiento del cuerpo y la aparición de los caracteres sexuales secundarios, imponen al psiquismo un trabajo de simbolización. La maduración biológica (bruscos cambios de estatura, peso y proporciones corporales, aparición de vello, cambios de voz, etc.), que irrumpe en ambos sexos entre los 12 y los 16 continuando durante varios años, replantea en simultáneo las identidades enraizadas a lo somático. A la vez, el crecimiento del aparato genital, la maduración de sus órganos sexuales internos y externos (producción de líquido seminal, la ovulación y la llegada de la menstruación, el desarrollo de los senos, aparición de vello pubiano) son elementos que anuncian al psiquismo un trabajo de metabolización de las diferencias de género sobre el desarrollo de la identidad sexual. La maduración biológica con todo este nuevo funcionamiento endocrino y hormonal, el crecimiento corporal con sus transformaciones y metamorfosis son la materia prima, lo hetero a metabolizar.

Los cambios corporales piden una revisita de la imagen especular. Un nuevo pasaje por el estadio del espejo como formador de la función del yo (Lacan, 1975), el cual no es sin su imagen corporal, anuncia la importancia que toma la mirada, el tacto y el tiempo dedicado a decorar sus cambios. A la vez que con la apertura hacia la genitalidad, el cuerpo pre-genital queda chico y limita al/la adolescente para registrar sus nuevas experiencias y exploraciones (Wassermann, 2005). Con el erotismo ligado a la genitalidad, la eyaculación y lo orgásmico en general, se registran nuevas vivencias, experiencias y sensaciones que requieren de inscripciones psíquicas para su significación¹.

Es común en los años de pubertad y adolescencia la aparición de fenómenos de alteración de funciones corporales, tales como trastornos digestivos y alimentarios, las alteraciones de los ritmos del sueño, trastornos corporales producidos por el exceso en la ingesta de bebidas alcohólicas y otras sustancias, las actuaciones sobre el terreno de lo corporal con autoagresiones y automutilaciones, las diversas marcaciones (voluntarias e involuntarias) sobre la superficie de la piel, la aparición de enfermedades psicosomáticas, fenómenos conversivos y angustia hipocondríaca. Todos estos desarreglos funcionales acompañados además de temores, cuando no terrores referidos a lo corporal y sus límites, son una muestra suficiente para dimensionar que la subjetividad requiere de trabajos de integración psicosomática y que no alcanza con el decurso del proceso de maduración biológica *per se* para que esta quede establecida.

La subjetividad demanda encontrar nuevos ordenamientos, re-ordenar, des-ordenar las relaciones del cuerpo infantil con la propia historia, con los padres de la infancia, con la infancia de los padres, con su lugar en el circuito de deseo familiar. Demanda replantear las identificaciones infantiles enraizadas en lo somático y en la familia. Se requieren nuevas organizaciones que signifiquen, que den sentido al crecimiento y la genitalidad. La simbolización del crecimiento del cuerpo (erógeno) con su naciente genitalidad implica trabajos psíquicos en relación con el estadio del espejo y sus categorías (narcisismo e identidad, "lo extraño", fort-da) y del complejo de Edipo (identificaciones sexuales, de género y generacionales) que comprometen toda la estructura del aparato psíquico.

Es conocido y aceptado el planteo de la adolescencia como un período de crisis y duelo. Crisis de identidad, duelo por el "ser infantil". Son los duelos por los padres de la infancia, por la historia de las relaciones infantiles de objeto, por la mismidad, por el *self* si se quiere, que toman un carácter distintivo respecto de otros duelos como la pérdida de un objeto. Aberastury y Knobel (1971) se han ocupado ampliamente de describir los trabajos de duelo del adolescente. No obstante, no puede soslayarse un planteo que contenga la idea de que los duelos y las crisis de la adolescencia se juegan

1. Estas nuevas experiencias son en principio registradas como tales por el *proceso originario*. Puede seguirse la participación del proceso originario con el concepto de excorporación del objeto como previo a su hallazgo en Grassi, A. "Metamorfosis de la pubertad: el hallazgo (?) de objeto, su registro originario", capítulo 4 del presente libro.

en un terreno que es el de un sistema de relaciones, en este caso familiares. De allí que creemos más apropiado nombrarlas no tanto como crisis *de, sino en* la adolescencia, para incluir todo lo que comprometen de circuitos libidinales de "lo puberal de los padres" (Gutton, 1993) y del reposicionamiento generacional (Kanciper, 2007), punto que retomaremos más adelante.

Los trabajos de duelo *en* la adolescencia son paradójales (Rodulfo, 2004). El fin de la infancia requiere de una caída, una muerte, pero a la vez de una conservación superadora, transformación de lo infantil. Algo se pierde pero los referentes simbólicos de la identidad son resignificados (nombre, apellido, filiación, pertenencia a un sexo, a un grupo de origen, a una generación). Los nexos con el cuerpo de la infancia, con la historia de las elecciones libidinales y de las relaciones objetales familiares, con la genealogía entran en un proceso de resignificación e historización aun incierto en cuanto a su devenir y que se inicia con los procesos adolescentes (Rother de Hornstein, 2006). Sabido es que para el psicoanálisis, la temporalidad no se plantea como una continuidad lineal entre pasado, presente y futuro. "La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado" (Lacan, 1981: 27). El psicoanálisis ha desarrollado conceptos (retroactividad, series complementarias, repetición, por ejemplo) que muestran la complejidad de las relaciones entre el pasado y el devenir, relación que puede plantearse entre temporalidad y causalidad psíquica.

2) Los dos tiempos o fases de la sexuación (y el entretiempos)

Dada esta peculiaridad de la sexualidad humana de constituirse en dos tiempos o fases (Freud, 1905), cabe preguntarse por la relación entre la sexualidad infantil (historia libidinal, historia de las relaciones de objeto en la infancia) y la sexualidad adulta (con su hallazgo de objeto y procreación como nuevo fin). ¿Cómo se articulan pasado, presente y futuro en lo que a identidad sexuada, identidad de género, hallazgo de objeto y nuevo fin se refiere?

Vaya en esta cita nuestro homenaje a Silvia Bleichmar, de quien tomamos su planteo sobre los dos tiempos de la sexualidad humana:

(...) no corresponden a dos fases de una misma sexualidad, sino a dos sexualidades diferentes: una desgranada de los cuidados precoces, implantada por el adulto, productora de excitaciones que encuentran vías de ligazón y descarga bajo formas parciales y otra con primacía genital, establecida en la pubertad y ubicada en el camino madurativo que posibilita el ensamblaje genital, no constituyendo entonces una simple reedición del acmé de la sexualidad infantil, sino un modo de recomposición ordenado y guiado por la existencia de una primacía de carácter genital (Bleichmar, 2006: 95).

Respecto de estos dos tiempos o formas de la sexuación, nuestra proposición: lo puberal-adolescente es el entretiempos de la sexuación, en la medida en que la culmi-

nación de la sexualidad (infantil) no se produce (si es que alguna vez lo hace) automáticamente y deviene en su conformación normal definitiva (adulta). Requiere de estaciones de recambio de su identidad infantil, de des-orden del cuerpo, del objeto familiar, del reposicionamiento generacional. Entre re-edición y repetición, lo puberal adolescente tiene urgencia de transformar y crear. Urgencia por la inscripción de un cuerpo que conlleve una identidad diferenciada de lo infantil, de lo conocido y parental, con rasgos originarios y que contenga el deseo genital ligado a un objeto no-familiar². Entre repetición de lo viejo e inscripción de lo nuevo, lo puberal adolescente demanda un proceso identificatorio que se debate entre principio de permanencia y principio de cambio (Aulagnier, 1991).

Sabido es que la pubertad y adolescencia requieren de un tiempo de maduración, período variable más o menos prolongado y duradero, intervalo con diferentes capítulos como finales abiertos e inciertos. Estación de recambio del cuerpo, del objeto, del emplazamiento generacional. Si bien es momento propicio para las repeticiones de los modelos de las relaciones de objeto de la infancia, del narcisismo, del complejo de Edipo, de la historia infantil y el pasado familiar, también es empuje y oportunidad para el origen y los nuevos comienzos.

No habría que olvidar que la conclusión del momento infantil de la sexualidad, final del complejo de Edipo previo a la latencia, plantea varias posibilidades respecto del destino de la libido:

No veo razón alguna, para denegar el nombre de represión al extrañamiento del yo respecto del complejo de Edipo, si bien las represiones posteriores son llevadas a cabo la mayoría de las veces con la participación del superyó que aquí recién se forma. Pero el proceso descrito es más que una represión; equivale cuando se consuma idealmente a una destrucción y cancelación del complejo. Cabe suponer que hemos tropezado aquí con la frontera no muy tajante entre lo normal y lo patológico. Si el yo no ha logrado mucho más que una represión del complejo, éste subsistirá inconciente en el ello y más tarde exteriorizará su efecto patógeno (Freud, 1986: 146).

En este sentido, no es menor la diferencia que puede establecerse entre desplazamiento de la libido por represión de deseos incestuosos y desasimiento o remoción de la libido por sepultamiento del complejo de Edipo. Así, en la adolescencia, no habría necesariamente una mera transferencia o desplazamiento automático (represión mediante) de libido desde los objetos incestuosos, de lo familiar hacia el afuera de lo familiar. Con la aparición del deseo genital —tanto fuente como objeto y fin de la pulsión— se requiere de nuevas inscripciones, de nuevas organizaciones psíquicas.

2. Aquí 'familiar' toma la doble acepción de *parental* y de *conocido*, capital diferencia que Sami Ali (1980) desarrolla tomando distancia del clásico (*unheimliche*) o inquietante extrañeza freudiano.

Dicha operatoria, sepultamiento del complejo de Edipo mediante, se produce no sin conflicto, no sin las marcas de la historia familiar (libidinal) infantil y no sin la consideración por lo nuevo y no familiar del objeto. El conflicto, que como anticipamos puede tener resoluciones diferentes³, se expresa en términos de un cuerpo pre-genital que conlleva las marcas del deseo del Otro familiar, la sexualidad del adulto inscrita en el cuerpo del niño y que ahora, con el devenir puberal adolescente, el cuerpo constituye deseo genital en un vínculo no-familiar. Lo puberal-adolescente es ese entre-tiempo de trabajos específicos, lugar de transformación e inscripción del cuerpo (erógeno) pre-genital en cuerpo genital y de objeto familiar en objeto de deseo no-familiar.

3) Erotismo genital y hallazgo de objeto alteran "lo familiar"

Tanto en la inscripción del cuerpo genital como en este pasaje a elección de objeto heterofamiliar, "el vínculo al otro" (Berenstein, 2005) compañero/a sexual, sujeto de deseo, es marca que funda e inaugura. En lo que a constitución del cuerpo genital se refiere, señalamos que la iniciación sexual marca un antes y un después, un hito en los procesos de subjetivación, el cual no es sin "el otro". El otro (a la vez par y extraño), en su función de compañero/a sexual (opaco, ajeno), en presencia (y diferencia), con su participación coadyuva en la inscripción del cuerpo genital. A la vez que en la inscripción del cuerpo genital coadyuva, y no sin una profunda angustia, en la inscripción de la categoría misma de la alteridad del objeto (Bleichmar, 2007). De allí que el objeto más que extra-familiar, sea extra-familiar.

Si bien cobran nuevas significaciones las diferencias sexuales, ahora genitales, de género y el pasaje de la bisexualidad a la homo u heterosexualidad, cobran también nuevas significaciones las diferencias intersubjetivas. La genitalidad constituyéndose en vínculo, en lo hetero, da una nueva vuelta por la alteridad. Como en otras instancias de pasaje, este no se produce sino en mutualidad (Winnicott, 1991). Quedando pendiente un desarrollo que considere las relaciones entre mutualidad y alteridad, adelantamos que se abre una perspectiva con la diferencia que venimos desarrollando entre *fusión-confusión* y *co-fusión*.

Estas conceptualizaciones retoman ideas freudianas de las *Metamorfosis*. Una de ellas, no suficientemente destacada pero consecuencia del "altruismo de la pulsión", es que la inscripción de la radical diferencia del otro sexo abre a la inscripción de las diferencias con el objeto. Con el coito se inscriben y reinscriben diferencias corporales, de género y desiderativas. El otro se constituye en su alteridad como sujeto de deseo.

4) La sucesión generacional y su reordenamiento

El reacomodamiento que la adolescencia implica por sus posibilidades de fecundación y procreación impone al psiquismo un trabajo de simbolización de un nuevo

3. Sea que éste se haya logrado y matice el hallazgo-creación, sea relativamente logrado y empañe el objeto, sea por oposición al mismo; o bien, lo obstaculice, inhíba o impida.

emplazamiento generacional. El corrimiento y reubicación generacional (hijo-padre-abuelo) deviene des-orden no por el inexorable paso del tiempo. El potencial pasaje de hijo/a y su proyección como padre/madre, y consecuentemente el pasaje de padres a abuelos etc., es un corrimiento generacional cuya metabolización implica un deseo de muerte y asesinato de los progenitores como operaciones simbólicas (Winnicott, 1970).

La elección de la formulación "deseo de muerte de los progenitores" guarda la suficiente ambigüedad como para dar lugar a la consideración de que los procesos de crisis y duelos, como se mencionara anteriormente, son *en* la adolescencia, a la vez que del adolescente; es decir, que se producen en un campo que es de intersubjetividad. Si los padres tienen que sobrevivir al asesinato (simbólico), deseo de muerte del cual son objeto por parte del hijo/a, los hijos también han de sobrevivir a los deseos destructivos e incestuosos en las distintas formas que puedan tomar de los padres respecto de su progenie. Lo puberal de los padres es un desarrollo conceptual que sitúa las crisis en la adolescencia, y no sólo en la doble vertiente de los trabajos psíquicos de hijos y padres, sino sobre todo en su mutua, relativa o absoluta dependencia⁴.

En el mismo mito de Edipo está planteado el tema para el protagonista, quien en más de una oportunidad tiene que sortear la muerte proveniente de un deseo de su padre Layo. En su gestación, primero denegada y acontecida bajo la forma de un engaño, como en su nacimiento, donde es mandado a matar y sobrevive al deseo de muerte que lo precede y con el cual se estructura. Posteriormente en su juventud, cuando se produce el encuentro entre ambos en el cruce de caminos, donde se enfrenta a Layo, quien es muerto en la disputa luego de haber amenazado de muerte, una vez más, a su hijo Edipo.

Del lado de la psicopatología también llegamos a que el "deseo de muerte de madre/padre a hijo/a" más directo, menos elaborado o sublimado se hace inevitable en la evaluación de algunos cuadros graves. Un panorama más amplio y no sólo en las relaciones padre-hijo/a se puede continuar en la diferencia que traza (Aulagnier, 1977) entre deseo de hijo y deseo de maternidad, lo que más ampliamente traducimos en términos de padre-madre/progenitor/a, como diferencia de las funciones simbólicas logradas y su degradación. Que en la adolescencia se sobreviva al deseo de muerte y asesinato es fundante del pasaje generacional y para llegar a un nuevo emplazamiento se requiere que *lo adolescente* simbolice dicha experiencia. Este nuevo emplazamiento generacional simultáneamente implica un nuevo registro de la temporalidad, construirse un pasado va a posibilitar proyectar un futuro. El devenir en cuanto proyecto identificador no es sin ligaduras con la genealogía, la sucesión generacional, el por-venir y el azar.

4. El recorrido de esta problemática puede seguirse en el texto de Gutton (1997).